

Tragedia de una Noche de San Juan<sup>1</sup>

Pedro M. VÍllora

Se los ve de noche por las calles, más de noche cada vez. Son viejos, nacieron hace miles de años: han cumplido los dieciséis y no les queda vida por delante. Entran y salen, suben y bajan, van a un sitio y a otro, nunca permanecen quietos, caminan siempre en grupo... jamás llegan a ninguna parte y están increíblemente solos.

Uno de ellos está aquí, en *Verano*. Ni tiene nombre ni lo echa de menos ni lo necesita. Es simplemente un Chico, desorientado como tantos otros a su edad, perdido dentro de un laberinto del que sabe cómo salir aunque a veces prefiera olvidar que posee esta destreza.

Julio Escalada cuenta en esta obra un día y una noche en la vida de este Chico. Una jornada que toda ella transcurre en el mismo lugar: un parque con algún banco y un laberinto de cipreses. Y es una fecha señalada, mágica, que nunca se explicita en el texto pero que es obviamente la del 24 de junio, cuando la Reina de las Hadas sueña, las doncellas recogen trébol y los más aguerridos saltan hogueras. Pero este es un chico cuyo valor no se mide en la prueba del fuego sino en la lucha con los monstruos interiores... Y es esta una batalla con sangre, con heridas profundas y cadáveres decapitados sobre el suelo; aunque, al faltar la cabeza, no siempre es fácil determinar a qué contendiente pertenece el cuerpo caído.

*Verano* es una tragedia protagonizada por seres cotidianos y contemporáneos que viven existencias normales y un punto anodinas, que no parecen tener grandes deseos y se conforman con poco, que no dan importancia a lo que hacen ni pretenden dejar huella, que habitan en la

---

<sup>1</sup> Prólogo a *Verano (Cuatro estaciones)*: La Avispa, Madrid, 2002.

resignación de un mundo sin horizontes de altos vuelos, y que sin embargo son profundamente desdichados e incapaces de dar un paso por sí mismos ni por los demás. Además del Chico hay una Vieja sabedora de historias y que sin duda es la abuela que lo ha criado, una Mujer Joven enganchada a las drogas y que podría ser –pero también podría no serlo- la madre a quien se le privó de su custodia en el pasado, un Amigo cuyo abuelo ha muerto esa misma tarde, un Hombre que acaso sea –o no- el padre de ese Amigo y que acude al laberinto para conocer otros cuerpos de su mismo sexo, y una Chica que no sabe cómo regresar a casa. Todos estos seres, en principio nada extraños, se tropiezan con el Chico en el parque, y al relato de cada uno de estos encuentros Julio Escalada le da un nombre luminoso y serenamente clásico: *Caritas, Pietas, Ama et fac quod vis...* Incluso la única escena en la que no aparece el Chico, sino sólo la Vieja y la Mujer Joven, recibe un nombre similar: *Fidelitas*.

Un trabajo anterior de Escalada, la *Tetralogía de los valores*, se componía de cuatro obras breves ambientadas todas en un parque y tituladas de manera parecida a las escenas de *Verano: Fidelidad, Perseverancia, Curiosidad y Lucidez*. Lo que se jugaba en estas piezas era precisamente lo contrario de lo que proponían sus títulos, pues, frente al anunciado valor, el autor indagaba en su opuesto, en el respectivo contravalor. Ese mismo sistema se reproduce aquí, pero aplicado esta vez a una única obra donde todo aquello que aparentemente es plácido, risueño, halagüeño y positivo, se transforma hasta revelar un interior inmisericorde y cruel.

Esta es, pues, una obra irónica, donde nada es lo que parece ni pide ser entendido de una única manera. Los títulos hablan de aspectos positivos que las escenas subvierten. Las relaciones que establecen los personajes comienzan siendo comunicativas, y hasta beneficiosas, antes de mostrar el lado menos sociable de sus personalidades y deteriorarse esos lazos

iniciales. La misma factura del texto es apolínea, serena, elegante. El nivel del lenguaje se rebaja exclusivamente cuando es necesario, sin regodearse en la degradación lingüística ni confundir la precisión con el insulto -al fin y al cabo, esta es una obra en la que una vieja ladrona y su nieto pueden recrearse citando a Lewis Carroll y recordando las leyendas de Ulises y el Minotauro-. No obstante, esa inmaculada distinción contrasta con el contenido que se descubre bajo la limpieza formal: todo lo que se dice es bello, culto y atractivo, pero lo que esas palabras cuentan no puede ser más desgarrador.

Las mismas referencias a la mitología nos ponen ya sobre aviso. La del Minotauro es una historia sangrienta, donde decenas de jóvenes y doncellas mueren antes de que el propio señor del laberinto perezca a manos de Teseo. En cuanto al padre de Telémaco, su relato es considerablemente prolijo en desventuras antes de recuperar su lugar junto a Penélope en Ítaca. Sin embargo, en ambos hay un poso clásico, una mediación temporal y respetuosa que permite relacionarse con el horror de manera contenida y acaso aséptica. También aquí, en *Verano*, hay un laberinto y una Ítaca, y un Chico que necesita experimentar sus propios ritos de iniciación en la aventura de la vida. Y todo cuanto haga, vea y diga este Chico, lo hará desde una ambigüedad esencial: la del enfrentamiento entre razón -la palabra, el logos- y pasión, conservación y exceso, contención y desafuero.

Pero es la de Jabberwocky la leyenda favorita del Chico y la que mejor refleja el verdadero ámbito donde se perfila esta tragedia. “Alguien mató algo... ¿o al contrario...? No sé”, dirá la Vieja, y en esa pregunta está la clave del territorio donde se desarrolla *Verano*: las cosas pueden ser ellas mismas y sus contrarias, la vida tiene misterios que exigen no ser resueltos si se quiere seguir viviendo, lo que hay que hacer debe ser hecho porque de todos modos terminará haciéndose, nadie es sólo víctima ni sólo

depredador, alguien debe morir para que alguien siga entre nosotros. Todo lo demás –las hermosas palabras, las acciones nobles, los deseos reprimidos, los amigos de absoluta confianza- es el precio que hay que pagar para mantener oculta la verdad.

La Noche de San Juan es tiempo de verdad, es el momento en que las palabras desvelan sus fisuras, y lo inconsciente, lo siniestro, lo que no tiene nombre, escapa de esas prisiones y decide expresarse por sus propios y antiguos medios. Julio Escalada ha visto lo que nadie quiere ver, ha dibujado la huella de los pasos de esa criatura y ha regresado del infierno para mostrarnos la sombra del espanto. Y nos dice: si es tan hermoso el reflejo del horror, imaginaos en el lugar de un Chico que lo ha mirado cara a cara. Ese lugar, esa mirada: *Verano*.